
EL TORO EN LAS RELIGIONES MÍSTICAS

LAS RELIGIONES MÍSTICAS

El término “místico” se remonta al griego antiguo *mystikós* (μυστικός), ‘misterioso’, que hace referencia al sustantivo griego *mysterion* (μυστήριον), en latín “misterio”, pero también significa ‘doctrina secreta’, ‘culto secreto’.

A este contexto pertenece también el verbo griego *myéein* (μύειν), que significa ‘consagrar’, ‘iniciar’, ‘ser iniciado’.

Sin embargo, esta palabra proviene del verbo griego *myein* (μύειν), que significa ‘cerrarse’, ‘ir juntos’, ‘cerrar los ojos y los labios’, por ejemplo, los labios y los ojos de los participantes en los misterios de Eleusis.

El “cerrar los ojos” se refiere a la “percepción interior” que tenía el iniciado después de tomar parte en el misterio.

En un sello, que muestra la epifanía del dios de la vegetación, aparecen un ojo y una oreja, que, según H. P. Duerr, podrían representar la visión y el oído “místicos” del iniciando.

«Toda la fértil familia de vocablos perteneciente a la raíz de la palabra “mística” tiene como progenitor al verbo *myein* (μύειν). Pero este verbo, en su primera y más remota acepción significa exactamente “cerrar ojos y boca”.

No cabe imaginar actitud más reveladora de un trance existencial invadido por el afán de huir. No se puede imaginar tampoco nada tan antigriego como esta actitud renunciataria ante el mundo: “cerrar los ojos” significa prescindir de toda “visión” y basta recordar que para la mente griega todo el mundo conceptual se resumía precisamente como una “visión”, *eídos* (εἶδος) para percatarse de la profunda revolución que significa el misticismo en Grecia.

Pero a su vez, “cerrar la boca”, esto es, abrazar el silencio y aceptar lo inefable, significaba incurrir en otra renuncia no menos gravemente contrapuesta al espíritu helénico, ansioso de discurso y discusión, vocado al verbo y a su comunicación, al *lógos* (λόγος) y al *dialégein* (διαλέγειν).

Esta oblación de lo que más tentaba al griego, la apertura de ojos y boca, solo se entiende radicalmente a partir de esa aspiración fugitiva del alma individual hacia el Uno que salva.

Pero esta fuga no es solo derrumbamiento y crisis: es también heroísmo; contiene toda una serie de impulsos positivos y ascéticos, abraza una forma nueva de espiritualidad, y, sobre todo, implica una profundización en los estratos últimos del "homo religiosus".

Frente a la irreligiosidad que se cernió sobre el mundo antiguo al decaer las religiones nacionales, la religiosidad de los misterios constituyó uno de los diques más poderosos y en cierto modo uno de los más potentes movimientos religiosos de la historia del mundo.

Si a su vez las religiones místicas no lograron imponerse definitivamente, si habían de ser otras religiones, y precisamente las de carácter supranacional y universal las que se irguiesen sobre las ruinas de las místicas, ello no impide que las propias religiones místicas posean un lugar inconfundible y primordial en la historia religiosa del mundo.» [Álvarez de Miranda, 1961: 236-238]

El tercer grupo de religiones, las religiones místicas surgen de la desaparición o decadencia de las religiones nacionales y de las modificaciones operadas en el seno de la antigua comunidad nacional, potenciadas por el tránsito progresivo del colectivismo al individualismo y los avances de la autonomía racional del individuo.

El mito, como "vigencia colectiva" que hasta entonces había determinado con una compacta coherencia todos los aspectos de la vida y del pensamiento, empieza a resquebrajarse.

En el mundo griego es el paso del *mýthos* al *lógos*. Surgen nuevos problemas a los que el mito ya no puede responder satisfactoriamente.

Tal fue el caso de Grecia hacia el siglo VI, en el que la minoría cultivada empieza a encontrarse en cisma con el resto de los ciudadanos.

«Se trata de la primera fisura en el seno de una comunidad nacional sagrada, que Nilsson ha descrito en estos términos:

"Cuando el mundo de la "élite" cultivada se cuarteja y cuando las poblaciones ciudadanas son arrastradas en esa misma dirección pierden su fe en los dioses del Estado y se orientan hacia una superstición grosera o hacia los dioses nuevos y más fuertes importados del extranjero; y entonces, entre las poblaciones campesinas, se perpetúa el culto simple y elemental hacia los dioses del suelo natal".

En ese momento la religión nacional continúa oficialmente viva y operante en el seno de las instituciones, y el Estado la fomenta y protege como uno de los elementos primordiales y precisos de la cohesión nacional y como factor de unidad.

La religiosidad se alía así con el tradicionalismo de toda especie y se tiende por todos los medios a conservar la vigencia de una religión que hasta entonces no había necesitado de semejantes apoyos.

El Estado y las fuerzas tradicionales se alarman, y los procesos religiosos, e incluso las persecuciones se inician: así en el caso de Anaxágoras, o de Sócrates, o de las Bacanales.

No se trata aquí de una fe, sino de "seguir una usanza". Sócrates es culpable de no seguir la usanza religiosa de la polis y además de introducir otra incurriendo así en una innovación que equivale a una subversión.

Un mecanismo semejante operó en Roma en el año 186 con ocasión de la feroz represión por parte del Estado contra las bacanales, expresión de una religiosidad que de por sí era políticamente inocua, pero que fue sentida como un peligro contra la seguridad del Estado.

En el discurso del cónsul Postumio en el Senado obtiene especial relieve la idea de la obligatoriedad, para los miembros de la nación, de venerar a los dioses de la nación y el hecho ilícito del carácter oculto y privado con que se desarrollaba la nueva religión, por contraposición al tradicional carácter público y oficial de la religión nacional. [...]

Se esfuma el sentido de una "salud colectiva": la eclosión y crecimiento del individuo trae como consecuencia inevitable un deseo de entrar en contacto personal con lo divino y de adquirir una salvación individual.

A ello se añade el proceso de secularización de la vida cotidiana, que en la religión nacional estaba poblada de potencias divinas y ritos sagrados. Convertida en asunto privado y particular de cada individuo, la religión tiende a retirarse a las profundidades del corazón, en el estrato íntimo de la *existencia* individual. [...]

Por una razón de Estado la religión fue secularizada y revestida de un carácter profano. Para un corazón devoto una tal religión ya no tenía nada que ofrecer. Lo mismo sucedía con las fiestas celebradas en honor de los dioses, y que, en realidad, no revestían sino una importancia estatal.

Es entonces cuando se produce ese vaciado del contenido religioso de la fiesta para llenarse en cambio de un contenido lúdico y "festivo" en el sentido moderno de esta palabra, que precisamente por haber perdido el antiguo valor sacro-temporal hubo de adquirir otro completamente distinto.» [Álvarez de Miranda, 1961: 36]

Se califica como religión mística o religión de misterio a aquella que intenta transmitir el conocimiento a través de la experiencia. Presenta entonces ciertos misterios que no se plantea explicitar, toda vez que los detalles doctrinales han de conocerse a través de la experiencia iniciática ritual y no mediante la palabra o la razón.

Por lo tanto, más que una religión es un modo de vivir una religión, existiendo a lo largo de la historia de las religiones muchas que pueden encajar en este tipo.

El secretismo y exclusivismo de algunas de estas religiones místicas conlleva una serie de ritos iniciáticos, y frecuentemente un periodo de preparación y de pruebas, antes de aceptar a un nuevo adepto en la comunidad. Estas ceremonias recibían el nombre de misterios.

Los misterios egipcios parecen ser los más antiguos, y los de Isis y Osiris llevados a Roma bajo este nombre, dieron sin duda nacimiento a las tres grandes iniciaciones llamadas misterios órficos, misterios eleusinos y misterios samotrácicos.

El éxito y la expansión de las religiones místicas se debían a que la mitología grecorromana clásica no implicaba al individuo en sus creencias, mientras que las religiones místicas acogían al creyente, proporcionándole protección y promesa de felicidad.

Las religiones místicas se extienden desde Grecia hacia la totalidad del Imperio romano, a pesar de los esfuerzos de varios emperadores por evitarlo. La mayoría de las religiones místicas son de procedencia oriental y giran en torno a divinidades de la vegetación que morían y resucitaban entre grandes manifestaciones de dolor y de gozo de sus devotos. Estas divinidades de la vegetación simbolizaban con su muerte y resurrección el ciclo fecundante y estacional de la naturaleza (con la única excepción de Mitra en el mitraísmo).

Los misterios escenificaban dramáticamente los episodios principales de estas divinidades. Estas escenificaciones son consideradas por algunos como el origen de la tragedia griega. Los iniciados se preparaban con ceremonias esotéricas antes de llegar a tomar contacto con la divinidad y quedar incorporado al destino divino. Aunque su origen era agrario y su finalidad era la regeneración de la vida y la vegetación, los misterios fueron adquiriendo un contenido ético y soteriológico centrado en el individuo.

Los misterios no estaban basados en un cuerpo doctrinal dogmático, sino en el rito y en la ceremonia que creaban un clima de exaltación mística que los fieles echaban de menos en las religiones nacionales.

«El toro figuró como la víctima preferida dentro de los rituales místicos. Su sangre redimía a los iniciados de los pecados de su vida anterior, devolviéndoles el estado de inocencia y revistiéndoles de inmortalidad.» [Delgado Linacero, 1996: 256]

La vinculación del toro a la fertilidad del mundo vegetal es uno de los elementos arcaicos que perviven en las religiones místicas y que incluyen ritos sacrificiales.

«En el mitraísmo, el mundo vegetal nace de la sangre del toro sacrificado; su semen es el generador del mundo animal y este está en relación con un mito agrario que "fue quizá el rito más solemne de la religión irania primitiva" (Pettazzoni).

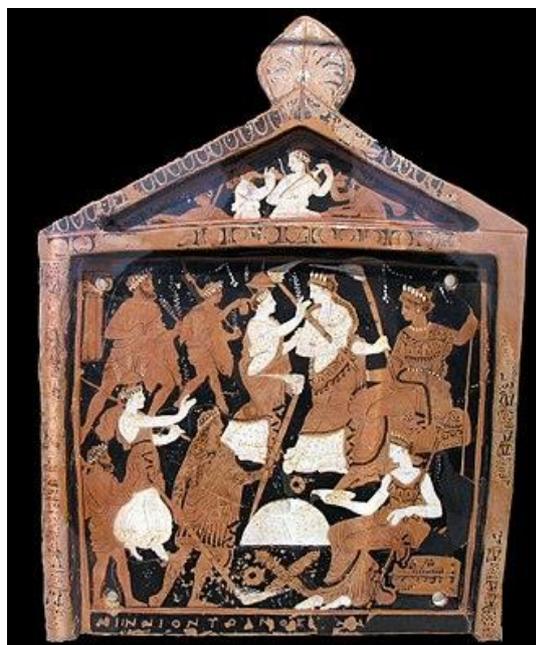
En cuanto al taurobolio, cuya existencia quizá hubiese sido ignorada si no se hubiese conservado transfigurado gracias al contenido

escatológico y soteriológico que adquirió en el seno de las religiones místicas, es otro rito tipológicamente arcaico, que se basa en la concepción primitiva, sencilla y material, de la posibilidad de transmitir al hombre el poder de una bestia, que era frecuentemente el toro.

Este elemento mágico adscrito a la personalidad del toro, que parece tener su origen en Anatolia, es el núcleo primitivo del rito taurobólico, que por sí mismo está en la misma línea de la costumbre tracia de la "caza" tumultuosa del toro, rito que transfiguró también el orfismo.

Característica de todas estas concepciones es el trato cruento dado al toro, cuya sangre, poseedora de la virtud mágica en orden a la fertilidad y la fecundidad, debe ser esparcida a la muerte del animal.» [Álvarez de Miranda, 1962: 164-165]

LOS MISTERIOS DE ELEUSIS



Deméter y Perséfone celebrando los misterios

Los historiadores dividen la civilización griega en tres períodos: época arcaica, época clásica y helenismo. El helenismo, período helenístico o período alejandrino es la influencia ejercida por la cultura de la antigua Grecia en otras civilizaciones y comprende el período de la historia y la cultura griegas que abarca desde la muerte de Alejandro Magno (323 a. C.) hasta la dominación romana en el siglo I a. C. Se caracteriza sobre todo por la absorción de elementos de las culturas de Asia Menor y de Egipto.

Ya en la Grecia clásica, pero mayormente en el período helenístico, los Misterios de Eleusis fueron perdiendo su carácter agrario para convertirse en un culto místico para intelectuales.

«En la cueva de Eleusis, parece que, desde el período heládico medio, se veneraba a Eleuto, la diosa del nacimiento y el inframundo,

presumiblemente idéntica o similar a otra diosa prehelénica. Probablemente fue alguna vez un culto a la diosa de la vegetación que desaparecía en invierno y volvía a aparecer en primavera. Podemos suponer que las cuevas alguna vez fueron consideradas como vías de acceso al inframundo o el mismo inframundo, y que la diosa de la vegetación desaparecía en ellas todos los años para volver a aparecer con la vegetación.

En una forma modificada, este tema se ha conservado en los misterios clásicos de Eleusis. Por supuesto, ya no se trataba tanto de la regeneración de la vegetación, los misterios ya no expresaban los temores de que la diosa de la vegetación podría permanecer en el inframundo y no regresaría en primavera.

La actitud ante la vida había cambiado, un temor existencial fundamental y, por lo tanto, un miedo a la muerte había atrapado a las personas, algo que hasta ahora no habían sentido.

Si antes el rito ponía el acento en la regeneración de los animales de caza y, más tarde, en la regeneración de los cultivos, y por lo tanto indirectamente del ser humano, ahora es el hombre el que está cada vez más directamente en el centro con sus miedos y su anhelo de salvación. Aunque parece que aún se trata del retorno de la fertilidad, del grano, las plantas de cultivo y su regeneración se van convirtiendo cada vez más en meros *símbolos* de una estabilidad y seguridad que el hombre echa de menos. Porque, así como el grano vuelve a la tierra para renacer, el hombre también morirá para nacer de nuevo.

Al mismo tiempo, en una época de individualización progresiva, era esto probablemente un recordatorio de que las personas *básicamente* no estaban aisladas, no eran puras astillas en el torbellino del tiempo. Porque, aunque estaban destinados a morir como individuos, se volvían a encarnar una y otra vez, de generación en generación. Si el individuo era mortal, el género humano era inmortal. Si una mazorca de maíz desaparecía, el grano como tal era inmortal, y cada año volvía a retoñar. La idea de que el individuo era en realidad la especie hacía más llevadera la conciencia de la fugacidad de la existencia. Toda forma de misticismo tiene esta función de alivio: si el individuo es consciente de que es fundamentalmente solo parte de la especie, entonces el destino, que golpea al individuo, no hace mella en su sustancia.

No es casual coincidencia que Platón formulara su teoría de las ideas precisamente en la época clásica de los misterios eleusinos: si bien el ser está también sujeto al devenir y, por lo tanto, a la caducidad, tiene, sin embargo, sus raíces en lo atemporal, en las ideas que son las únicas a las que se les puede atribuir en propiedad el *ser*.

Por tanto, quien se iniciaba en la Eleusinia sabía que su ser supraindividual era inmortal, y este conocimiento disipaba el miedo a la muerte y, por lo tanto, el miedo a la vida.

Los misterios eleusinos eran un ritual de renacimiento en el sentido estricto de la palabra, en el cual los *mystes* entraban en el útero de la diosa de la vegetación o diosa del inframundo para ser regenerados.

Las Tesmoforias eran evidentemente un ritual de regeneración que no estaba tan "intelectualizado" como el eleusino y era originalmente un culto de cavernas.

Con el transcurso del tiempo, los misterios eleusinos desaparecieron, lo mismo que las Tesmoforias, pero la diosa de la vegetación misma permaneció.

Para muchos pueblos, la iniciación significa un regreso al útero de la diosa madre, en la que la antigua personalidad de los iniciados se disuelve y se reemplaza por una nueva.» [Duerr, 1984: 198 s.]

Los *Mystes* o 'velados' eran 'los que ven las cosas tal como parecen ser', 'los que solo conocen las cosas superficialmente'. Los *Epoptai* eran 'los que ven las cosas tal como son'.

Las *Pequeñas Eleusinas* se celebraban en febrero bajo la primera eclosión de la primavera y representaban el momento en que Deméter, después de largo llanto, tiene el primer presentimiento de la reaparición de su hija. En esta etapa preliminar a la de ser *mystes* los candidatos se llamaban neófitos.

Las ceremonias tenían lugar en la noche: antorchas y recursos luminotécnicos jugaban un gran papel en esas ceremonias destinadas a impresionar para siempre la fantasía de los neófitos.

Las *Grandes Eleusinas* se celebraban en septiembre. Era la época anual en que la naturaleza, después de entregar sus frutos parece abocada a la muerte. Tras ayunos, sacrificios y juegos, al final de estos ejercicios se les propinaba a los *mystai* una bebida misteriosa, con la que se estimulaba su ardor extático y se provocaba en ellos un santo fervor.

Las verdaderas *Eleusinas* tenían lugar en medio del silencio y bajo una rigurosa organización. Los *mystai* se congregaban en el gran templo pisistrático, y desde sus puestos asistían a los *drómana* o dramas simbólicos.

«En este punto deben empezar las conjeturas acerca del contenido de los misterios, pues la obligación del secreto alcanzaba a todas las prácticas, de las que solo conocemos datos sueltos: así el empleo de la *cista* y del "canasto" o ciertos objetos cuyo simbolismo encerraba alusiones sexuales o las visiones divinas provocadas por la alternancia de tinieblas y luz.

A partir de ese momento, los *mystai* ya no eran *mystai* ('hombres con velo'), sino *epóptai* ('hombres que han visto'). Este sentido óptico y visual es fundamental en los misterios: lo esencial en ellos es que hay algo que es 'desvelado', que se manifiesta, y el sacerdote principal es por ello llamado "hierofante" ('mostrador o revelador de lo sagrado').

Constantemente se alude en los misterios eleusinos a "lo mostrado", o "lo visto", además de a "lo hecho y lo leído".

Todo ello muestra, por una parte, el carácter intensamente mágico ritual de las ceremonias iniciáticas, enderezadas fundamentalmente no a proporcionar una enseñanza, sino a producir un efecto; y por otra parte muestra el sentido de "revelación" inherente a los misterios y perceptible de una manera plástica y visual. El factor visual es harto significativo del estilo religioso de los misterios de Eleusis.

El tránsito del *mystes* al *epóptes* encerraba en sí todo el misterio de la iniciación. Podemos interpretar su sentido esencial: lo que al *mystes* se le revelaba era el misterio del ciclo de la aparición y desaparición de los seres, el sentido de la existencia humana, el significado de la muerte y del estado que sigue a la muerte.

Un dato revelador es que el dios de la muerte no tiene aquí un aspecto terrificante del Hades raptor de Perséfone, sino el benigno de Plutón, custodio y patrono de todas las riquezas ocultas en los infiernos. Y es que el misterio eleusino es consolador.

Los cantos melodiosos eran parte esencial de la ceremonia y el propio sumo sacerdote se llama Eumalpo, con nombre que era prenda de armonía.

Consuelo y purificación, arrepentimiento y esperanza se derramaba sobre el individuo que participaba a los misterios: muchos de los más altos nombres griegos, Píndaro, Esquilo, Sófocles vivieron la emoción inolvidable de estos misterios.

Infinitos otros griegos los compartieron y a través de ellos alimentaron su alma con una savia que la religión oficial no poseía; sentían que la muerte no es definitiva, que entendían su vida personal como una gota sólidamente unida al ingente oleaje cósmico y percibían la tierra que esperaba sus restos mortales como la cuna de un sincero renacer, parejo al de la vida vegetal, que brota de la gleba precisamente cuando aparece más desolada, yerta y fría.

La agricultura, precioso don de Deméter, obtiene así su más sublime transfiguración religiosa: a esta luz se percibía claramente que lo que Deméter trajo a los hombres con la agricultura, lo precioso de su mensaje no era una dádiva material, sino la revelación, el misterio de una inmensa esperanza para después de la muerte. [...]

Durante todo un milenio se celebraron estas fiestas. Que el hombre griego encontraba en ellas felicidad, que los espíritus renovaban gracias a ellas sus reservas de luz y de pureza, de bondad y esperanza, es cosa acreditada por mil coincidentes testimonios.

Las fiestas Eleusinas constituyen acaso el más alto nivel religioso alcanzado por la antigüedad y forman parte del más profundo patrimonio de la cultura griega. [...]

Pero había otras divinidades, además de Deméter, vinculados a los actos místicos: así la figura de Dioniso, bajo el aspecto de Jacco.

Pero Dioniso en las *Eleusinas* solo figuraba como un huésped. Este dios, en su aspecto de numen subterráneo, era considerado en el mito como hijo de Perséfone (a veces, también, como hijo de Deméter), y desde tal punto de vista era llamado Zagreo.

Pero aun en este caso se le hacía brotar de la línea paterna de Zeus, bien directamente, bien como hijo de Plutón. Ahora bien, lo importante de la vinculación del Dioniso Zagreo a los misterios de Eleusis es tanto su paralelo origen vegetal cuando, y, acaso, sobre todo, la idea de pasión y de redención, esencial a Dioniso.

Otros dioses figuraban también en estos misterios: así Posidón, cuya participación parece oscura, bajo el nombre de "buen consejero" (*Eubuleús*). Aún más enigmática parece la participación de una *Theos* y de una *Thea*, nombres genéricos bajo los cuales solo parece evidente el recuerdo de una divina pareja primordial probablemente antiquísima en Euleusis

Durante los siglos VI y V la mayoría de los atenienses importantes se iniciaron en los misterios. La sofística y el escepticismo aminoraron esta como las restantes formas de la religiosidad.

Más adelante, el número de los que iniciaban era más reducido, y comprendía sobre todo a gestes dotadas de preocupaciones y temperamento religioso.

En todo caso, bajo la hegemonía romana se produjo un nuevo incremento de los cultos eleusinos, bastante disminuidos desde la época de Alejandro., y ese renacimiento hay que explicarlo en gran parte por la fascinación del culto eleusino sobre la sensibilidad romana, puesto que la griega estaba ya demasiado mellada desde el siglo IV.» [Álvarez de Miranda, 1962: 65 ss.]

Las Tesmoforias eran unas fiestas celebradas en las ciudades de la Antigua Grecia en honor de las diosas Deméter y su hija Perséfone.

El nombre procede de *thesmoi*, las 'leyes' por las que los hombres deben trabajar la tierra.

Las Tesmoforias eran las fiestas más difundidas y la principal expresión del culto de Deméter, aparte de los misterios eleusinos.

Las Tesmoforias conmemoraban el tercio del año en que Deméter se abstenía de su papel de diosa de la cosecha y el crecimiento, correspondiendo con los severos meses veraniegos de Grecia, cuando la vegetación moría y no llovía, por estar la diosa de luto por su hija, sita en el reino del Inframundo.

Su rasgo característico era el sacrificio de cerdos.

LOS MISTERIOS DIONISIACO-ÓRFICOS



El Zeus Olbio, que llevaba cuernos de toro, parece que fue asesinado con un hacha de doble filo, y también Dioniso en Ténedos, a donde llevaban una vaca para que pariera y llamaban al becerro recién nacido con el nombre del dios. Luego era decorado y asesinado.

«El Dioniso ctónico, que tiene una relación cercana con Plutón, era, como este, un dios de la vegetación que se extinguía y volvía a despertar y que regresaba a la tierra durante el invierno. Según una fuente tardía, Dioniso fue despedazado por las Bacantes (bakchai, griego: Βάκχαι) bajo forma taurina, y de estas se dice que mugían como vacas. Las sacerdotisas de Dioniso Lafistio llevaban cuernos de vaca, las mujeres de Elis y Argos consagradas al dios lo llamaban toro, y la imagen de culto del dios en la ciudad de Cícico tenía forma taurina.

Todo parece indicar que, en la época griega, las Bacantes y sacerdotisas de Dioniso sustituían a la diosa, cuyo paredros siguió vivo en la figura de Dioniso y de Zeus, aunque de otra forma. Todo esto dibuja un escenario en el que la cohabitación del hijo toro y amante de la diosa minoica significaba al mismo tiempo la muerte del toro, pero una muerte como fuente de vida.

Quizás uno pueda suponer que la fuerza vital del toro, al que se le daba muerte con un hacha de doble filo después de realizado el *hieros gamos*, yacía en su sangre o en su semen, derramados por la tierra en el momento de su muerte. La idea de que el semen y la sangre del toro sacrificado hacía brotar de nuevo la vegetación estaba muy extendida en la antigüedad.» [Duerr, 1984: 137 s.]

Dionisio (griego Διόνυσος, latín Dionysus) es el más moderno de los dioses griegos. Parece que *nysos* es una palabra de un dialecto tracio, equivalente al griego *kouros* o 'joven'. Dionysos significaría 'dios joven'. Es el menos político de los dioses griegos, no es protector de ninguna ciudad y no es invocado por ninguna federación, y permaneció extraño a la religión de la familia. Por las representaciones gráficas de Dionisio podemos deducir que este dios representa el tránsito del culto anicónico de los genios de la vegetación, al antropomorfo. Su prehistoria hay que buscarla en la religiosidad agraria.

«La resistencia y oposición que encontró su culto entre los helenos se explica por la naturaleza misma de la experiencia religiosa que suscitaba. Dionisio ponía en entredicho el orden establecido y constituía una amenaza para la supremacía de la religiosidad olímpica y de sus instituciones. Su mito presenta una serie de rasgos que lo distinguen del resto de las deidades griegas.

Nacido de una mujer mortal, Semele, Dionisio no pertenecía por derecho al panteón olímpico, aunque fue incorporado a él. Era el único dios griego dotado del poder de la magia y su papel no consistía en confirmar ni en consolidar el orden humano y social. En sus ceremonias litúrgicas también estaban presentes las iniciaciones y los ritos secretos.

Sus desapariciones y epifanías periódicas, expresiones de la alternancia entre la vida y la muerte, eran objeto de sus misterios y revelan su carácter arcaico de deidad de la vegetación. Pero Dionisio estaba en contacto con todo tipo de vida. Se transformaba en animal, hombre y dios sucesivamente y prometía la vida eterna a sus devotos.» [Delgado Linacero, 1996: 259-260]

Erwin Rohde creía en el origen tracio de la religión de Dionisio. Su expansión se podría imaginar a la manera de las epidemias de danzas convulsivas como las del Medioevo. Es una interpretación en la línea de la tesis de Nietzsche sobre lo apolíneo como lo esencial del alma griega mediatizada por lo dionisiaco que, según Rohde, habría despertado en la Hélade un incendio morboso provocado por este dios traído de Tracia.

«Dionisio, como dios del vino, parece una invención tardía –helenística y romana–. No es como "dios del vino" como los griegos acogieron a Dionisio. La vid es antiquísima en el Egeo, en total la mitología de la vid es bastante pobre en Grecia.

Cuanto más se extendió por Grecia la viticultura ello ocurrió al margen de un patronato religioso bien definido, y por supuesto antes de que Dionisio penetrase en Grecia: quizá por eso mismo quedaba libre un puesto divino entre los sitiales de la religión agraria, y ese puesto fue otorgado a Dionisio, divinidad nueva.

Quizá el vino, sangre de la vid, concebido como una extrema mezcla de *fuego y líquido*, capaz de exaltar el alma, se prestaba más bien para simbolizar el elemento divino de la vida vegetal.

Dionisio es un numen de la vegetación, especialmente de los árboles y del fruto jugoso de la uva. También se nos presenta como un dios buscado por las mujeres y, finalmente hallado, pero muerto y sepultado, pues lo habían matado los campesinos ebrios de vino.

De Dionisio se narraba la pasión y la muerte; y Dionisio era un Dios que resucitaba: en el propio Delfos se festejaba y precisamente por las mujeres, el despertar de Dioniso Liknites narrándose también allí el viaje del dios a los infiernos para sacar de allí a su madre Sémele, viaje que era otra nueva forma de exponer la muerte y resurrección del dios; pero el contenido originario de estas muertes era el de un rito agrario orientado a promover el retorno de la vida vegetal sobre la tierra.

Ya estos datos enraízan al dionisismo con la tierra; pero la presencia de la Gran Madre en este ciclo se percibe también a través de la figura de Sémele. El nombre de Sémele equivale al nombre traco-frigio de la tierra. Todo esto, unido al abolengo también tracio del nombre de Dioniso obliga a considerar el culto dionisiaco como una religión misteriosa de origen tracio. Lo importante es percibir que tanto en suelo tracio como en suelo griego los orígenes de Dionisio van ligados a la tierra y a la religiosidad agraria.

También agraria es la figura de Orfeo, cuyo nombre se perpetuará en el orfismo: el descenso de Orfeo a los infiernos para traer de nuevo a la luz a Eurídice (que, a su vez, es otra figura de la tierra lo mismo que Sémele) y que muere a manos de las ménades recae no solo dentro del mismo círculo vegetación - tierra - muerte, sino que, consiguientemente se tiñe del mismo contenido escatológico y soteriológico que es patrimonio de la religiosidad agraria en su proceso evolutivo.

Fue el factor orgiástico y demoníaco el que, refractario a todo lo que conocemos como típico del alma griega se incrustó, sin embargo, en ella paradójicamente, dando lugar al ingente fenómeno religioso que es el orfismo.

El orfismo pronunció palabras que nadie hasta entonces pronunciara en Grecia, ni siquiera en Eleusis: fue un verbo nuevo, una revelación que dejó huellas rotundas en el alma y en la mente de algunos de sus más altos pensadores, como Empédocles, Píndaro o Platón. Se enfrentó con el hombre y le dijo: Tú eres por naturaleza semejante a Dios, tienes en ti un elemento divino, eres inmortal.

Todo esto existía ya en germen en los ritos semibárbaros de las poblaciones tracias: la inmanencia de lo divino, el alma inmortal, el ascetismo, la transmigración, el pesimismo, la renunciación; ya Heródoto nos habla de aquellos tracios que acogían con llanto a los recién nacidos y enterraban con alegría a los difuntos y de aquellos Getos que afrontaban la muerte sin pavor, actitudes dependientes de una certeza en la vida futura.

Heródoto transmite la noticia de que las tres grandes divinidades tracias eran: un dios supremo del cielo ("Ares"), especie de Zeus tracio; una gran diosa de la tierra ("Artemisa"), y un dios de la vegetación, esto es, Dionisio.

La mayor fiesta de la religión tracia era el rito anual de la persecución de un animal, en caza tumultuosa, y que una vez capturado era despedazado y comido por los participantes, rito típicamente agrario, pues en el animal se consideraba encarnado el dios de la vegetación tendente a resucitarlo y rejuvenecerlo bajo formas nuevas.

Ya en el aspecto los celebrantes tracios se asemejaban al animal, sea ostentando en la cabeza cuernos taurinos o bovinos o con pieles de otros animales y expresaban verbalmente esta asimilación al dios, llamándose a sí mismo *backchoi* y *bakchai* cuando el dios era denominado *Bakchos*.

El rito de la *omofagia* (comida cruenta del animal) se aclara con el mito de Dionisio, según el cual, Dionisio Zagreo era un niño que, atraído perversamente por los Titanes fue muerto, despedazado y comido por ellos. Tan solo su corazón se libró, recogido por Atenea, que le llevó a Zeus. Zeus ingirió este corazón y habiéndose unido a Sêmele, engendró en ella al otro Dionisio, el Dionisio *Bakchos*.

Zeus castigó con su rayo a los Titanes, y de las cenizas de estos formó a los hombres, Pero estos hombres contienen en sí, además del elemento titánico (malo, oscuro y perverso), algo de Dionisio comido por ellos, esto es, el elemento dionisiaco (santo, luminoso y divino).

De este mito brota todo el contenido ascético del orfismo: la humanidad tiene que liberarse de lo titánico y pecaminoso, haciendo prosperar en su espíritu la llama divina, a pesar de ese "pecado original".

Pero ese espíritu o alma está encerrada en el cuerpo, elemento titánico, y el alma es capturada, una vez liberada de un cuerpo, por otros cuerpos humanos o animales (transmigración) que forman un ciclo indefinido.

Para liberarse de esta larga peregrinación, es menester conocer las "unidades supremas", hay que poseer las iniciaciones. Solo las almas de los iniciados pueden esperar una estancia feliz junto a los íferos en los intervalos de sus transmigraciones inexorables, solo ellos pueden liberarse algún día definitivamente de todo encadenamiento corporal. He aquí por qué en el orfismo, religión de salvación, tenía tanta parte la escatología.

Un Dionisio ya egipcio, o anatolio, o norteafricano prosperó hasta el fin del Imperio en casi todas las ciudades romanas, y solo con la extinción final del paganismo se clausura la vigencia de la religión dionisiaca. Como siempre, algunos de sus elementos y símbolos serán empleados y transfigurados por la nueva religión que los llenó de nuevo contenido.» [Álvarez de Miranda, 1961: 78 ss.]

EL RITO DEL TORO DE SAN MARCOS EN EXTREMADURA

El rito del Toro de San Marcos se celebra sobre todo en el norte de Extremadura, zona de gran tradición taurina y de ferias ganaderas. El 25 de abril, festividad de San Marcos, en la dehesa de San Benito (Plasencia) se celebra una famosa feria ganadera.

La ceremonia de San Marcos consiste en elegir un toro de entre la ganadería, de quien se considera que «acoge» al santo y conducirlo mansamente hasta la Iglesia para postrarse ante la imagen de San Marcos. Esta insólita ceremonia tiene la peculiaridad de conducir al toro embriagado, por lo que J. Caro Baroja (1974), tras aludir a la intensa romanización de Extremadura, ve un paralelismo existente entre el ritual de Dionisio y el ceremonial de la fiesta de San Marcos en la región extremeña de la Península Ibérica.

Este ritual incluía la presencia de un toro en las diversas ceremonias que se celebraban en torno a la festividad de San Marcos: los mayordomos y clero marchaban al campo en busca del animal, llamaban al toro con el nombre del santo, le traían al centro urbano, visitaban la ermita, parroquia o convento, y lo hacían participar en la misa y procesión, siendo adornado con roscas y flores por las mujeres; recorría las casas de la localidad y, finalmente, era devuelto al campo.

En otros lugares, el animal era lidiado y/o sacrificado como parte de la ceremonia y su carne repartida entre los pobres.

Este ritual, que se celebraba en muchos lugares de España, especialmente en Extremadura y Andalucía, ha llegado hasta nosotros en numerosas descripciones, por el carácter milagroso que le fue adjudicado a la celebración que tenía lugar en la localidad extremeña de las Brozas (Cáceres), villa próxima a Alcántara y a la frontera portuguesa, desde al menos el siglo XV hasta finales del XVIII.

J. Caro Baroja posibles puntos de relación entre el Toro de San Marcos y el ritual dionisiaco en la persistencia de un culto a Dionisio-Baco, introducido en Hispania por los romanos.

Puntos de relación serían la identificación del santo con el toro, animal sagrado durante toda la fiesta; la forma de seleccionar el toro por parte de cofrades elegidos; la conducción del toro al templo en un estado de mansedumbre hasta terminar la misa.

El estado de mansedumbre del toro se atribuye al empleo de una planta de aroma vinoso que tenía la propiedad de calmar a los animales, lo que recalca el paralelismo entre la antigua divinidad etílica y sus exultantes bacantes y el toro embriagado.

Según el padre Feijóo, eran las mujeres las que adornaban al toro con guirnaldas de flores y roscas de pan. La escandalosa actitud de las mujeres en la iglesia, riendo y acariciando al animal, fue objeto de crítica, según Feijóo, por parte del papa Clemente VIII (1592-1605).

Obispos y sínodos diocesanos han intentado separar lo divino de lo profano en las fiestas españolas desde el siglo XVI.

Los votos de celebrar corridas, así como la participación de toros en procesiones, como en las de los numerosos toros de San Marcos, que integraban la comitiva como representación del santo e, incluso, asistían a la misa, todas estas celebraciones fueron prohibidos por decreto real en 1753.

La naturaleza sacra de algunos de estos toros escoltados en sus recorridos por las localidades está indicada por sus respectivos nombres: Toro de Aleluya, Toro de San Juan, Vaquilla del Ángel, Toro de la Virgen, Toro Júbilo.

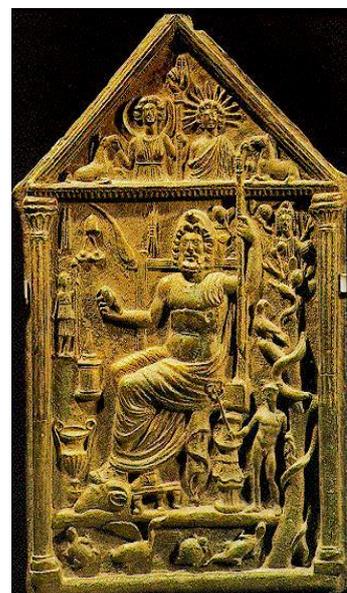
MISTERIOS DE SABAZIO



Dionisio Sabazio



Mano sabazia



Relieve: Dios Sabazio

Sabacio o Sabazio (en griego antiguo Σαβάζιος, en latín Sabaziŭs) es el nombre de un dios de carácter telúrico-mistérico, llamado también Sábos en sus actos cúltricos. En las inscripciones griegas y latinas suele aparecer realzado por los adjetivos «santo, invencible, grande» y la designación de su divinidad.

La cuna de este misterio es Tracia. Desde Tracia, en el siglo V a. C., pasa a Grecia a través de Frigia. En el siglo IV a. C., época de esplendor de las aspiraciones individualistas de la piedad, se afianza, y durante el helenismo alcanza su máxima expansión, llegando hasta Roma a través de las colonias griegas de la Magna Grecia (Italia).

El mito y el culto misterico de Sabacio hunden sus raíces en el subsuelo telúrico. Lo comprueban su condición de dios de la vegetación, así como el empleo de tierra, salvado, serpiente en el rito iniciático, residuos y síntomas de una prehistoria religiosa de tipo agrario numinoso.

Las ceremonias iniciáticas constaban de diversos ritos: Rociar al iniciando con tierra y salvado cernido sobre él con una criba. A continuación, se levantaba, después que el oficiante había pronunciado la fórmula: «Hui del mal, hallé lo mejor».

Tanto las acciones como las palabras aluden a la resurrección tras la muerte; introducción de la serpiente en el seno del iniciado. El objeto del rito iniciático parece ser era adquirir cierta comunidad o identidad del iniciando con Sabazio, que se creía empezaba en esta vida y se consumaba tras la muerte.

Las aspiraciones escatológicas eran muy profundas. Sus pinturas e inscripciones contienen los siguientes elementos: alma llevada al otro mundo, juicio divino, introducción entre los elegidos por el «ángel bueno», convite de los bienaventurados; temas de influjo judío-cristiano en varios puntos.

«La presencia de la serpiente, animal ctónico por excelencia, representaba al dios, y el rito de introducirla en el seno del iniciando equivalía a una mística cópula entre el iniciando, concebido siempre como ser femenino, y el dios.

El mito dionisiaco ofrecía en este aspecto un paralelismo importante: primeramente, Zeus se unió bajo forma taurina con su madre (*Deó*(*Deméter*), engendraba a Core, y después, uniéndose de nuevo a Core bajo la forma de serpiente, engendraba en ella al taurimorfo Dionisio, lo cual se expresaba simbólicamente con la fórmula "el toro es padre de la serpiente y la serpiente del toro", en la que está aludida la identidad del hijo con el padre; y de ahí, según el simbolismo del rito, la comunión del iniciando con el dios.

Esta presencia de la serpiente es uno de los elementos inequívocamente tracios del culto de Sabazio. Todo esto acredita la alta importancia que la religión de un pueblo oscuro y semibárbaro, el pueblo tracio, obtuvo en los destinos religiosos del mundo antiguo, infiltrándose primeramente en Grecia y de allí en el mundo helenístico y logrado luego una tenaz persistencia en Roma.

El culto de Sabazio se introduce en Grecia procedente de Tracia, hacia el siglo V y se acentúa en el IV, coincidiendo con el crecimiento de las aspiraciones de la piedad individual.

La edad helenística fue teatro de su máxima difusión, y a través sobre todo de las colonias griegas del sur de Italia, penetró en Roma, donde como todos los otros cultos místicos obtuvo típico florecimiento en el peculiar ambiente de la urbe, plétórica de esclavos durante los siglos imperiales y psicológicamente predispuesta a la aceptación de la religiosidad soteriológica.» [Álvarez de Miranda, 1961: 115 ss.]

Sabazio fue objeto de las diversas implicaciones de tipo sincretístico: fue identificado con Dionisio, por su naturaleza de jóvenes dioses de la vegetación y de la naturaleza fecunda, a pesar de su rango uránico; fue

asimilado a Zeus y Júpiter por su condición uránica; recibió influencias del orfismo, debido a la semejanza de ambos cultos.

Varias razones justifican su extraña asimilación con Yahwéh: la difusión del culto de Sabacio por Asia Menor en los últimos siglos antes de Cristo, cuando muchos judíos se hallaban allí deportados por Antioco el Grande desde el 200 a. C.

La coincidencia puramente fonética entre el vocablo tracio Sabazio y la denominación judía de Yahwéh Sebaoth ('Señor de los ejércitos'), así como con la del día de la semana Shabat, sagrado para los judíos, no fue el único factor de ese extraño sincretismo traco-hebreo.

Además, la excelsitud del monoteísmo yahweísta sedujo a los adoradores de Sabacio y las esperanzas escatológicas, inoperantes en el yahweísmo pero acusadas en el misterio de Sabacio debieron de atraer a los judíos desterrados.

"Es interesante observar que esa mezcla de soteriología misteriosa y de monoteísmo hacían de dicha religión un organismo religioso en cierto modo afín al cristianismo, cosa que no pasó desapercibida para los propios cristianos". [Álvarez de Miranda, o. c. p. 117]

LOS MISTERIOS FRIGIOS DE ATIS Y CIBELE



Atis con el gorro frigio



Cibeles

Los frigios eran descendientes de un pueblo indoeuropeo que invadió el Asia Menor en el s XII a.C. y destruyó al Imperio Hitita. En todo el mundo antiguo era bien conocida la religión frigia, con su culto orgiástico. Primitivamente los frigios veneraban sobre todo a Sabazios, el Zeus o

Dionisos frigio; en Asia Menor recibieron probablemente el culto de Cibeles, la magna mater y el de Atis, que ellos identificaron con Sabazios.

Atis o Córibas, representado por un gorro frigio, era el predilecto del mundo romano y se entroncaba con la diosa Madre Cibeles, protectora de la agricultura. En la mitología griega y frigia, Atis era amante de Cibeles, su sirviente eunuco y conductor de su carroza tirada por leones. Atis enloqueció por causa de Cibeles y se castró a sí mismo. Inicialmente Atis era un semidiós local de Frigia.

Cibeles es una divinidad de origen frigio, que los griegos identificaban mayoritariamente con Rea, esposa de Cronos y madre de los dioses olímpicos. Era una diosa de la fertilidad, soberana de la naturaleza silvestre. Desde Frigia su culto alcanzó a todo el mundo griego y, posteriormente, al mundo romano cuando, en 204 a.C.

La diosa es representada en el arte llevando en la cabeza una corona con almenas y sentada en un trono escoltado por dos leones o sobre un carro tirado por dos de estas fieras en las que se habían transformado Atalanta y su amante Hipomenes.

Son famosos sus amores con el dios Atis y sus celos hacia las bellas ninfas. Cibeles es la esposa de Atis, un joven castrado y asociado a rituales de mutilación sexual masculina. Entre las variantes mitológicas de los amores de la diosa con este joven castrado, la versión frigia cuenta que Cibeles había nacido del semen de Zeus, caído al suelo como consecuencia de un sueño erótico mientras dormía, y que poseía órganos sexuales masculinos y femeninos.

Cuenta la leyenda que los dioses, al descubrir que Cibeles era hermafrodita, castraron los genitales masculinos a la diosa y de ellos nació un almendro cuyos frutos fueron ingeridos por la ninfa Nana, concibiendo así al dios Atis. La ninfa lo abandonó al nacer y un macho cabrío lo amamantó y lo crio hasta convertirse en un muchacho tan apuesto que cualquier muchacha se enamoraba de él sólo con mirarlo. Cibeles fue una de las que se enamoró de él y, temiendo que se casara con otra, infundió en él la locura que le hizo castrarse a sí mismo, cosa que le produjo la muerte.

«La muerte y la resurrección constituyen el eje de la religión misteriosa de Atis, el dios frigio joven y bellísimo. Su figura mítica y su culto son inseparables de la figura de Cibele, la Gran Madre frigia. La religión misteriosa frigia pertenece más bien a Atis que a Cibele, aunque ambas divinidades están consideradas a veces como hijo y madre, además de como amantes. La religión frigia, en cuyo seno se desarrollaron las religiones de Atis y Cibele, remonta sus orígenes a la época en que este pueblo, de estirpe indoeuropea y emparentado lingüísticamente con los tracios, se asentó en la región de Anatolia.

Es probable que las figuras de Cibele y de Atis procedan de este estrato pre-frigio y anatólico, pues el culto de la Gran Madre y del dios de la

vegetación son característicos de Asia Menor. La gran diosa anatólica poseía sus santuarios en la cima de algunas montañas; la diosa venerada en el monte Cibelo llegaría a ser llamada Cibele, pero ya desde antiguo se celebraban en su honor los cultos orgiásticos y la autoeviración (castración) de sus devotos, rasgos que caracterizarían para siempre la religión misteriosa frigia. Estos cultos eran inseparables de la figura divina de Atis, y se practicaban en la fiesta anual de primavera, que conmemoraba la pasión y muerte del joven dios. Fiesta primaveral, simbolismo ritual de la muerte y de la resurrección son datos que transparentan claramente, bajo la figura de Atis, un antiguo numen agrario. La fiesta de primavera expresaba, al mismo tiempo, la angustia por la muerte del dios de la vegetación y la alegría por su resurrección anual, y su función sacral consistía, por menos originariamente, en promover el retorno de la vida vegetal sobre la tierra paralizada por el invierno. Por eso los participantes en tal fiesta hacían correr la propia sangre en medio de flagelaciones y mutilaciones –llegando hasta la autoeviración–, con el fin de transferir a la naturaleza en trance de aparente extinción la fuerza contenida en la sangre y en los órganos de la generación.

El conjunto mítico de Atis y Cibele contiene dos mitologemas: el mitologema de la vida vegetal que crece de la sangre de los dioses y héroes, bajo el cual transparenta una religiosidad agraria, y el mitologema de la eviración como base y fundamento de la de sus devotos y especialmente de sus sacerdotes o *galli*. [...]

El taurobolio (rito de los misterios de Cibele y Atis en el que se sacrifica un toro) no aparece como privativo de una sola religión, sino que se empleó normalmente en varias, sobre todo de divinidades femeninas. Pero ninguna religión lo adoptó con tanta insistencia como la frigia. El español Prudencio nos ha dado una emocionante descripción de este rito de regeneración en el que la víctima era degollada por un venablo o arpón con punta de gancho. El devoto recibía la sangre sobre el cuerpo desnudo metido en una fosa de techo agujereado, y este rito tenía valor de renacimiento.

El taurobolio no formaba parte de las fiestas de primavera, sino que eran ritos ocasionales y personales, pero en Roma no tenían lugar en el santuario griego del Palatino, sino el del Vaticano, en el mismo templo en que tenían lugar las iniciaciones. Es evidente que en el ámbito romano la religión frigia experimentó un proceso de “nacionalización” perceptible también en el taurobolio.» [Álvarez de Miranda, 1961: 119 ss.]

Los misterios de Atis y Cibele eran originarios de Frigia y se fueron extendiendo desde las costas de Asia Menor por el Egeo hasta llegar a Grecia hacia el siglo IV a.C. Pero su carácter cruento les restó popularidad en Grecia. Penetraron en Roma en el 204 a.C., y continuaron su auge durante el siglo III y IV d.C. En Grecia recibieron influencia de los misterios eleusinos y dulcificaron las sangrientas prácticas a las que eran

sometidos los adeptos, adoptando el griego como lengua ritual. Los misterios de Atis y Cibele, considerados religión de esclavos orientales, fue calando muy lentamente en las capas altas de la sociedad griega y romana. El culto de Atis y Cibele ya existía en el siglo I en la Bética y la Terraconense.

«En Roma, la fiesta de Atis tenía lugar durante el equinoccio de primavera, del 15 al 27 de marzo. El primer día los canóforos (portadores de cañas) recolectaban cañas, transportándolas hasta el Palatino en memoria del lugar en que Atis-niño había sido encontrado y recogido por la diosa Kybéle.

El encuentro de ambos se celebraba al final de la jornada con el sacrificio de un buey de seis años, que además propiciaba la fertilidad de los campos. Después seguían nueve días de ayuno y penitencia. Al octavo día los dendróforos (portadores del árbol) conducían un pino recién cortado al Palatino. Allí era amortajado como un cadáver. Luego, el tronco se exponía a la adoración del público como si fuera el propio dios.

A este acto seguían tres días de duelo que culminaban con el *Día de la Sangre* (24 de marzo). Sacerdotes y neófitos se flagelaban hasta sangrar y se hacían cortes en los brazos al ritmo de flautas, címbalos y tamboriles. Cuando el frenesí llegaba al paroxismo, algunos devotos se amputaban el sexo y lo ofrecían como oblación a Kybéle. La noche del 24 y 25 de marzo transcurría como una vigilia.

Las ceremonias iniciáticas empezaban el 28 de marzo. La ceremonia principal era el bautismo del neófito con la sangre de un toro (*taurobolium*) o de un carnero (*criobolium*) sacrificados.

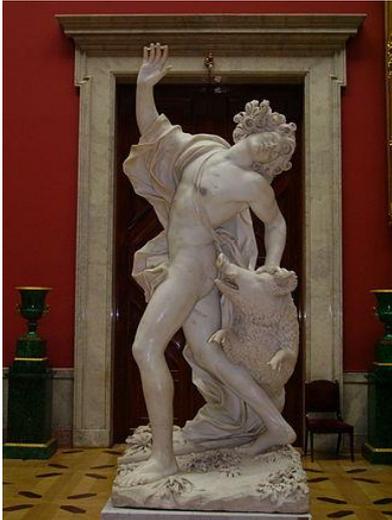
El iniciado recibía el homenaje de sus compañeros por haber resucitado a la vida eterna y lavado sus pecados con la sangre del toro. El oficiante o sacerdote de la ceremonia se convertía en padre espiritual del tauroboliado al que marcaba en la frente.

Clemente de Alejandría testimonio que había otros actos litúrgicos dentro del proceso iniciático y pone en boca de unos de los elegidos estas palabras: *Comí en el tympanon, bebí en el kymbalon, llevé el kernos, me deslicé en el tálamo nupcial.*

De aquí se deduce la celebración de una comunión ritual que pudo consistir en pan y vino, de una hierogamia entre el devoto y la diosa madre, y del transporte del *kernos*, vasija de barro, utilizada para contener los atributos viriles del aspirante o los del animal sacrificado. Una vez ofrecido a la diosa, el *kernos* con su contenido era depositado en la cripta subterránea del santuario.

Esta acción se interpreta como la consumación de la unión sexual perpetrada entre la diosa y su fiel adepto.» [Delgado Linacero, 1996: 257 ss.]

LOS MISTERIOS DE TAMMUZ-ADONIS



La muerte de Adonis



Afrodita y Adonis

Tammuz era una divinidad babilónica, consorte de Inanna, hijo de Nemrod y Ninsun. Es el dios pastor y de la fertilidad. También Talmuz entre los semitas y Adonis para los fenicios y sirios. En el panteón sumerio, recibía el nombre de Dumuzi, y era llamado "El Pastor".

Su compañero eterno fue Ningizzida; ambos custodiaban las puertas del cielo. Él era un mortal, y su casamiento con Inanna le garantizó la fertilidad de la tierra y la fecundidad de la matriz. Pero más tarde, debido al comportamiento desaprensivo de Tammuz hacia Inanna, ésta lo envía al inframundo durante los seis meses más calurosos.

Al volver, coincidiendo con el equinoccio de otoño, se dio su nombre al mes del calendario de la antigua Mesopotamia en su honor.

Tammuz es la forma hebraica del acádico Tummuzu, y ambos no son sino la semitización del nombre sumerio *Dumuzi* (o Tumuzi). Es un dios que remonta al período más antiguo de la historia babilonia, al sumerio y presemítico.

Dumuzi es "el señor de las fuerzas de la tierra", un dios de la vegetación, y como tal se le denominaba también "el desaparecido" o bien "el señor de la desaparición", esto es, de la vegetación que desaparece y muere.

Reinaba también sobre el mundo animal, cuya vida languidece o prospera gracias a él, por lo que se le denominaba también "el pastor" y "el señor de la cabaña de la grey".

«El parecido entre Tammuz y Osiris se revela en la vicisitud extra-mistérica de ambos dioses y en las manipulaciones de que fueron objeto por parte de la expeditiva teología sacerdotal, no menos activa en Babilonia que en Egipto.

Por eso cuando la teología babilónica, constantemente dominada por el astralismo, inició el proceso de ubicación de todo dios terrestre en las

diversas esferas, astros y planetas del cielo, Tammuz no pudo librarse, al igual que todos sus colegas divinos, del inexorable proceso uranizador: entró en la órbita de Samas, "el sol", como hijo suyo, así como bajo la de Nergal, el dios de los infiernos, que también había sido uranizado, y fue más especialmente puesto en relación con las constelaciones del Zodiaco.

Todo esto no fue sino una superestructura religiosa que alteraba el carácter fundamental del dios, el cual, como numen de la vegetación, estaba destinado a profundizar o enriquecer su contenido religioso no en la dirección uránica, sino en ctónica y en sus desarrollos escatológicos y soteriológicos.

Pero, dado que Tammuz resucitaba, la inicial analogía con el destino humano se prolongaba desde el plano de la mortalidad hasta el plano de la resurrección dando lugar a la esperanza de salvación. Y así se operó en Babilonia un proceso que contiene analogías con la osirización aecida en la religión egipcia. [...]

Tammuz, con todo su contenido premistérico, desembocó en la figura de Adonis transfiriéndole su caudal religioso. Por eso no hay contradicción en yuxtaponer el nombre de Tammuz al de Adonis hablando de Tammuz-Adonis.» [Álvarez de Miranda, 1961: 137 s.]

Adonis es el equivalente semítico de Tammuz y el etrusco Atunis. Adonis es la forma latina de un vocablo semita que significa "mi Señor" (Adoni).

Adonis es un dios bastante antiguo y cuya fisonomía lo aproxima a Tammuz en cuanto a su personalidad de dios de la vegetación. Era hijo del nefando amor que una doncella, Mirra o Esmirna, sintió hacia su padre Theias, rey de Siria.

Perseguida por su propio padre, los dioses convirtieron a Mirra en el árbol de su nombre del cual nació precisamente su hijo Adonis, tan bello, que las diosas se lo disputaron.

El joven Adonis era sumamente hermoso, hasta el punto de que la diosa Afrodita se enamoró de él locamente.

En una ocasión en que Adonis andaba de caza, fue despedazado por un jabalí y su sangre era el principio germinativo de varias plantas y flores.

El éxito religioso de Adonis, especialmente entre las mujeres, está preludiado por el hecho de que la primera mención griega de su nombre se deba a Safo.

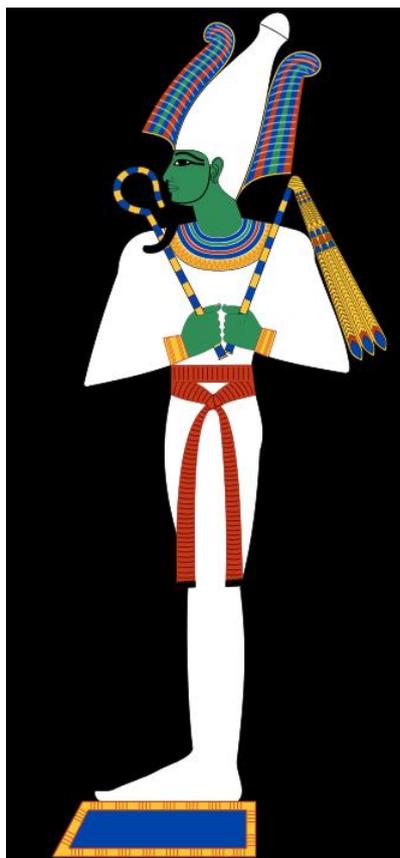
En Atenas existió un culto a Adonis ya desde el siglo V. En Roma el culto de Adonis fue mucho menos importante, penetró tardíamente y probablemente en forma helenizada.

«Los misterios de Tammuz-Adonis no tuvieron nunca un grado de desarrollo tan alto como los restantes misterios.

En sus solares originarios aparecen como a duras penas capaces de alcanzar con precisión y coherencia la altura soteriológica y el sentido iniciático de los misterios frigios, los tracios y los egipcios.

El mundo semítico, creador de tantos tesoros de religiosidad, en lo relativo a la misteriosa apenas si fue capaz de dar forma definitiva a los misterios de Tammuz, Adonis y Astarté.» [Álvarez de Miranda, 1961: 144]

LOS MISTERIOS EGIPCOS DE ISIS Y OSIRIS



Osiris



Isis



Horus

Osiris es el dios egipcio de la muerte, símbolo de la fertilidad y regeneración del Nilo. Es el dios de la vegetación y la agricultura. También preside el tribunal del juicio de los difuntos en la mitología egipcia.

Su padre era Geb y su madre era Nut. Su nombre egipcio es Usur o Usir y Unneferth, 'perfecto antes y después de nacer'. En occidente suele nombrársele con la forma helenizada Osiris (del griego Ὅσιρις).

Isis (del griego antiguo Ἴσις) es el nombre griego de una diosa egipcia. Su nombre egipcio era Ast, que significa 'trono', representado por el jeroglífico que portaba sobre su cabeza. Fue denominada "Gran maga", "Gran diosa madre", "Reina de los dioses", "Fuerza fecundadora de la naturaleza", "Diosa de la maternidad y del nacimiento".

Horus ("el elevado") era el dios celeste en la mitología egipcia. Se le consideraba como el iniciador de la civilización egipcia. Su nombre egipcio era Hor (ḥr); Horus es su nombre helenizado (Ὡρος).

La deidad griega asociada fue Apolo Febo. Era el hijo de Isis y Osiris. Era el dios real más antiguo, tenía forma de halcón y era el dios del cielo que protegía la tierra con sus alas. Era el señor de la montaña, por dónde el sol asoma cada mañana.

Cuando el culto de Osiris adquirió importancia, Horus se convirtió en hijo de Osiris. Osiris, Isis y Horus fueron la tríada más importante de dioses. En el Libro de los Muertos Horus, bajo su forma de Haroeris, ayudaba al Faraón a ascender al cielo.

La religión misteriosa de Isis llegó a difundirse en lugares tan remotos de su solar originario como Asturias o la Bética (famosa inscripción de Guadix, en la provincia de Granada). La religión de Isis y Serapis adquiere su mayor importancia dentro del tiempo helenístico.

El mito de Osiris:

El mito de Osiris es el relato más elaborado e influyente de la antigua mitología egipcia. Trata sobre el asesinato del dios Osiris, un rey de Egipto primitivo, y sus consecuencias.

Isis era hermana de Osiris y esposa suya. Osiris era un benefactor de los hombres que sufrió su "pasión" bajo el poder del dios implacable y antagónico de su hermano Set.

Osiris fue despedazado por Set, quien dispersó sus miembros sangrantes y usurpó su trono. Isis, la esposa constante, reunió los miembros de Osiris y en compañía de Anubis, el dios funerario, celebró con grandes lamentaciones sus exequias.

Pero Osiris resucitó como señor de los muertos en el otro mundo; mas antes había engendrado mágicamente en la fiel Isis un hijo, Horus, quien al comienzo era un niño vulnerable protegido por su madre, que lo dio a luz a escondidas del implacable Set, mas cuando fue mayor se convirtió en el feroz vengador de la muerte de su padre y en el rival de Set por el trono.

La lucha termina con el triunfo de Horus, que restaura el Maat en Egipto después del reinado inicuo de Set y completa el proceso de la resurrección de Osiris.

Maat o Ma'at es un concepto abstracto de justicia universal, de equilibrio y armonía cósmicos que imperan en el mundo desde su origen y es necesario conservar. Resume la cosmovisión egipcia, similar a la noción de armonía y areté, propia del mundo helénico, o a la idea de virtud, del mundo judeocristiano.

El mito es esencial a las concepciones egipcias de reino y sucesión, conflicto entre el orden y el desorden y, especialmente, la muerte y el más allá. También expresa el carácter fundamental de cada una de las

cuatro deidades en su interior, y muchos elementos de su culto en la religión del Antiguo Egipto derivaron del mito.

«Lo que especialmente interesa recalcar en el ciclo mítico de Osiris, fijado por escrito ya en el III milenio, es el parecido esencial de este dios que sufre pasión, muerte y resurrección, con los otros dioses de las religiones místicas. El propio Heródoto llegó a proclamarlo con la frase exacta: "Osiris es Dionisio traducido al egipcio".

Pero se puede precisar aún más el parecido añadiendo que también Osiris, como Dionisio, como el tracio Sabazio, como el frigio Atis, como el sirio Tammuz-Adonis, fue originariamente un dios de la vegetación.

En los misterios de Isis y Osiris la representación ritual estaba inspirada en el dramatismo de la pasión de Osiris; se reproducían los momentos culminantes del dios que moría, y en especial la mística búsqueda del cadáver de Osiris por parte de Isis.

El rito y el mito coinciden nuevamente con otras figuras bien conocidas de la religiosidad mística y en especial con la análoga búsqueda de Core por parte de Deméter.

La figura de Osiris fue objeto de un grandioso desarrollo en el seno de la religión egipcia, un proceso evolutivo que, desde un estrato paleolítico y africano, se alzó hasta el plano de una teologización sutil.

De originario numen vegetal en un país donde la vida agraria es el consabido "milagro del Nilo", Osiris, por virtud de su resurrección como rey del reino de los muertos, llegó a convertirse en divinidad ctónica por excelencia, absorbiendo y asimilándose implacablemente a casi todos los otros dioses funerarios locales, y desarrollando hasta el máximo los valores escatológicos.

Es sabida la importancia religiosa de la unificación política de Egipto, cuyo resultado principal fue lo que podríamos llamar la "planificación" de los pululantes dioses locales y su jerarquización por obra de los colegios sacerdotales.

Pero precisamente la figura de Osiris, si por una parte fue objeto de los inevitables procesos de teologización sacerdotal, por otra parte, se prolongó en la mente y en los corazones del pueblo en virtud de los elementos fuertemente emotivos de su historia pasional, que revividos constantemente en el culto a través de la plástica percepción sensorial de las sacras representaciones se adhería más íntima y perdurablemente a la devoción personal.

El dios que sufre, muere y resucita, fue erigido en especial modelo y esperanza del humano destino, y el ritual fúnebre de la religión egipcia se fue llenando de ceremonias calcadas en los misterios del ciclo de Osiris-Isis-Horus; cada muerto era tratado como un Osiris, cada esposa e hijo representaba el papel de una humana Isis, y los amigos del difunto participaban de los ritos luctuosos como lo hiciera Anubis.

Este que podríamos llamar proceso de osirificación ejercitado en todos los difuntos se operaba especial y más solemnemente en la persona del Faraón que excepcionalmente lo recibí en vida como instrumento de eterna inmortalidad.» [Álvarez de Miranda, 1961: 146 ss.]

EL SACRO TORO APIS



Apis (nombre egipcio: Hap, Hepu; nombre griego: Apis (Απις), Epafos), el toro sagrado, fue un dios solar, de la fertilidad, y, posteriormente, funerario, miembro de la corte de los dioses del antiguo Egipto.

Era representado como toro u hombre con cabeza de toro, con el disco solar Uraeus arriba de la cabeza, al igual que otros dioses de Egipto, como Ra. Hijo de Isis, como vaca, fecundada por un rayo del Sol, el toro Apis era sagrado en el antiguo Egipto.

Desde el Imperio Nuevo se le consideraba el heraldo de Ptah, su Ka, luego de Osiris, y más tarde de Sokar. Por esto último, llegó a considerarse una de los integrantes del panteón de dioses egipcios asociados con la muerte.

En el siglo IV es cuando la religión osírica aparece introducida en Grecia. Parece haber sido el puerto del Pireo la primera ciudad griega donde se construyó un santuario de Isis, por obra de la colonia egipcia residente en la ciudad.

Posteriormente y siempre bajo el influjo parcial de los otros misterios griegos o helenizados, el culto de Isis siguió desarrollando sus rasgos místicos.

«Pero dentro del espacio y del tiempo helenístico surgirá una nueva divinidad egipcia de intensa fisionomía misteriosa, la de Serapis, vinculada originariamente al Serapeo de Alejandría, fundado por Ptolomeo Soter.

Pero el origen de esta divinidad y de su culto, destinados a un provenir brillante, aparecen envueltos en una oscuridad por la compleja maraña

de leyendas y teorizaciones antiguas y modernas, tejidas en torno a Serapis.

Cabe al menos establecer como formal punto de partida el abolengo indígena del dios egipcio Serapis. Su nombre egipcio es *Usar-hape* (que vino a ser llamado en griego Serapis).

Pero *Usar-hape* no es otro sino el sacro buey Apis, que venerado en Menfis desde épocas remotas y sepultado, cuando le sobreviniera la muerte, en un cementerio especial (Apieion) era objeto también de osirificación en calidad de dios.

Convertido en Osiris, el Apis era denominado Osiris-Apis, que es lo que significa literalmente su nombre egipcio *Usar-hape*.

Bajo este nombre y como una abstracción de los abundantes Apis momificados en Menfis se llegó a adorar a un único Osiris-Apis que en realidad era una forma especial de Osiris más aún que de Apis.

Serapis fue asimilado, por una parte, con el Sol (para darle un rasgo egipcio) y, por otra parte, con Zeus (rasgo griego), adquiriendo un cierto tinte monoteístico resumible en la fórmula Osiris-Apis. Esa especie de creación, casi *ex nihilo* de un dios, arroja el inevitable resultado de un dios que carece de mito. [...]

Las causas del triunfo de los misterios de Isis y Osiris hay que buscarlas más bien en el valor que los egipcios daban al rito.

En el mundo egipcio el rito poseía un valor muy superior al usual en las otras religiones, era ya un factor religioso en sí mismo, poseía una capacidad de fascinación y era realizado con una perfección, esplendor y abundancia desconocidas en Occidente, que por sí solas sugerían la epifanía de lo numinoso.

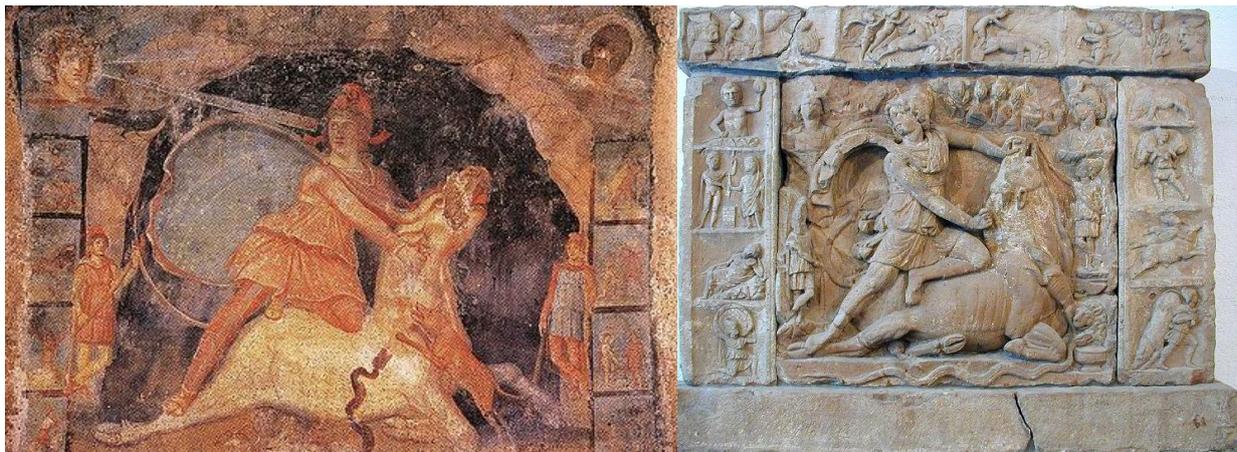
El valor del rito no dependía de la espiritualización del celebrante ni de las disposiciones íntimas del devoto, sino de la exactitud del gesto, palabra y entonación, y que todo esto se aproximaba más a la magia que a la religión.

La vacuidad espiritual del ritual egipcio se compensaba con lo que el sentido mágico es capaz de desarrollar: la perfección operativa de la conducta ritual de los sacerdotes, su aire grave y su misma indumentaria (túnicas de blanco lino y capas negras, la testa desnuda).

Todo ello colaboró a su difusión por el mundo antiguo y lo mismo en los ambientes refinados que en los pueblos bárbaros tal era el signo de los tiempos helenísticos.

El éxito de Alejandro Magno consistió, según Droysen, en haber sido un bárbaro perfecto y un heleno ejemplar: el éxito de los misterios egipcios consiste en haber inventado la más civilizada de las religiones bárbaras.» [Álvarez de Miranda, 1961: 151 ss.]

LOS MISTERIOS DE MITRA



Tauroctonía: Mitra matando al toro

En los cultos que se celebraban en las cuevas, en las que sacrificaba a toros como ofrenda, se mezclaron cultos prehelénicos de regeneración de los animales y de las plantas con mitificaciones indoeuropeas de rituales iniciáticos, como los rituales de los curetes cretenses, que como el Zeus cretense (llamado «el más grande kuros» en himnos cretenses), tenían una estrecha relación con el paso de los jóvenes a la edad adulta en algunas ciudades cretenses.

El toro es uno de los animales relacionados con el culto sincrético romano y helenístico tardío de Mitra, en el que la muerte del toro astral, la tauroctonía, era tan central en el culto como la crucifixión en el cristianismo de la época. La tauroctonía estaba representada en cada mitreo (compárase con el muy parecido sello tauróctono de Enkidu). Una sugerencia muy discutida relaciona los restos del ritual mitraico con la pervivencia o auge de la tauromaquia en Iberia y el sur de Francia, donde la leyenda de san Saturnino de Tolosa y su protegido en Pamplona, san Fermín, está inseparablemente relacionada con los sacrificios de toros por la vívida forma que adoptaron sus martirios, fijados por la hagiografía cristiana en el siglo III, que también fue el siglo en el que el mitraísmo estuvo en su apogeo.

«El origen divino de Mitra se remonta al mundo indoario. Tanto los Vedas como el Avesta lo incluyen como una divinidad de la luz y de la verdad. Bajo el dominio de los Aqueménides, el este de Asia Menor fue colonizado por los persas y una parte de su aristocracia militar y feudal se asentó en el país. Estos guerreros adoraban a Mitra como genio protector de los ejércitos, rasgo que le acompañó siempre e hizo de su religión un culto vinculado a la milicia. Junto a esta nobleza feudal se estableció un clero portador de los principios mazdeístas, los cuales constituyeron la base de los misterios occidentales mitraicos tras pasar por el prisma semita.» [Delgado Linacero, 1996: 263]

El mazdeísmo es la religión de los antiguos persas que está basada en la existencia de dos principios divinos en lucha eterna, uno bueno, creador

del mundo y otro malo, destructor. Ormuz y Ahrimán son los dos principios divinos del mazdeísmo.

Mitra era un dios solar de Persia, originalmente era un dios del Sol, cuya adoración se difundió más tarde en la India y el Imperio romano. El origen de esta divinidad indoiraniana puede remontarse hasta el II milenio a. C. En la India tuvo dos versiones: en el periodo védico (del II milenio a. C. hasta el siglo VI a. C.) fue un importante dios solar; en el periodo hinduista (a partir del siglo V a. C.) se convirtió en un dios secundario. Hacia el año 62 a. C., los soldados romanos adoptaron este dios a su manera, le agregaron características no persas, y crearon una religión llamada mitraísmo o misterios de Mitra que se expandió rápidamente por todo el Imperio romano, y que compitió con el incipiente cristianismo hasta el siglo IV.

En el contexto romano, el culto a Mitra se desarrolló como una religión misteriosa, y se organizaba en sociedades secretas, exclusivamente masculinas, de carácter esotérico e iniciático. Gozó de especial popularidad en ambientes militares. Obligaba a la honestidad, pureza y coraje entre sus adeptos. En sus primeras épocas el cristianismo fue una economía de salvación análoga a los cultos de los misterios paganos, frente a los cuales rivalizó durante mucho tiempo para finalmente lograr vencerlos.

«Los griegos nunca llegaron a acoger al dios iranio y los grandes centros de civilización helénica evitaron su acción proselitista del mismo modo que él se substrajo a la suya. Así, la adoración de Mitra pasó directamente al mundo latino, donde fue acogida con entusiasmo por los soldados romanos. Ellos la transmitieron a través de todas las fronteras de su imperio a partir del siglo I a.C. La aportación fundamental del mitraísmo a la religiosidad romana fue una concepción dualista de la existencia y del universo, y una base moral de la que carecía la sociedad itálica. EL mundo era el escenario de la lucha entre los poderes del Bien y del Mal. El primero debía salir vencedor. Mitra era el dios invencible que asistía a sus fieles en esa batalla y los sostenía en las pruebas por las que habían de pasar. Él les aseguraba su salvación escatológica en un reino de luz. La resurrección de todos los hombres, al final de los tiempos, aseguraba a cada uno el premio o el castigo según sus obras.

Mitra fue el único dios que no sufrió el destino trágico de las restantes divinidades misteriosas. No era una deidad de la vegetación y no moría ni resucitaba como ellas. La iniciación mitraica no incluía pruebas que evocaran esos sucesos.» [Delgado Linacero, l. c.]

El busto escultórico del dios Mitra, que procede de la villa romana de Cabra, puede contemplarse en el Museo Arqueológico de Córdoba (España). El Mitras Tauroktonos de Igabrum, hallado en Cabra en 1952, es un grupo escultórico del siglo III realizado en mármol blanco y en el que este dios iranio aparece sacrificando a un toro. Uno de los

monumentos más representativos del culto romano al dios Mitra en España se encuentra en Lugo donde se descubrió una casa romana con un Templo de Mitra anexo dedicado a estas celebraciones.

El culto de Mitra se realizaba en templos denominados mitreos. Estos espacios eran en un principio cavernas naturales, y, más adelante, construcciones artificiales imitándolas, oscuras y carentes de ventanas. El santuario, en el extremo de la cueva, con el altar y la imagen de Mitra dando muerte al toro, conocida como Mitra Tauróctonos.

Según el relato mítico, el dios Mitra nació cerca de un manantial sagrado, bajo un árbol sagrado, de una roca (de *petra natus* o *petrogenitus*). En el momento de su nacimiento llevaba el gorro frigio, una antorcha y un cuchillo. Fue adorado por pastores poco después de su nacimiento. Bebió agua del manantial sagrado. Con su cuchillo, cortó el fruto del árbol sagrado, y con las hojas de ese árbol confeccionó su ropa. Encontró al toro primordial cuando pastaba en las montañas. Lo agarró por los cuernos y lo montó, pero, en su galope salvaje, la bestia lo derribó. Pero Mitra siguió aferrado a sus cuernos hasta que el animal quedó exhausto. No se trataba de un toro común, sino de un ser excepcional, cuya cola terminaba en res espigas. El dios lo agarró entonces por sus patas traseras, y lo cargó sobre sus hombros. Lo llevó, vivo, soportando muchos padecimientos, hasta su cueva. Este viaje de Mitra con el toro sobre sus hombros se denomina *transitus*. Cuando Mitra llegó a la cueva, un cuervo enviado por el Sol le avisó que debía realizar el sacrificio, y el dios, sujetando al toro, le clavó el cuchillo en el flanco. De la columna vertebral del toro salió trigo, y vino de su sangre. Su semen, recogido y purificado por la luna, produjo animales útiles para el hombre. Llegaron entonces el perro, que se alimentó del grano, el escorpión, que aferró los testículos del toro con sus pinzas, y la serpiente.

Según una interpretación, el sacrificio del toro representa la liberación de la energía de la Naturaleza. El mundo animal y vegetal obtenían su vigor por medio de este sacrificio, a pesar de que las fuerzas del mal intentaban frustrarlo. La serpiente, como en el símbolo del Ouroboros, sería una alusión al ciclo de la vida; el perro representaría a la Humanidad, alimentándose simbólicamente del sacrificio, y el escorpión podría ser el símbolo de la victoria de la muerte. Los dos compañeros de Mitra, que portan teas y se llaman *Cautes* y *Cautópates*, representarían respectivamente la salida y la puesta del sol. Para los fieles, el sacrificio del toro tenía sin duda un carácter salvífico, y la participación en los misterios garantizaba la inmortalidad.

«En cuanto al contenido agrario, está patentizado no solo por el simbolismo de las espigas o la cola del animal como prolongación de su médula, sino por el tema mítico de la vida, que nace de la sangre derramada por el toro. Todo esto nos remite a una religiosidad agraria y naturalista que procede del fondo proto-iránico como antecedente de su futura evolución misteriosa. Según la antigua creencia iránica, el sacrificio del toro era el principio de toda cosmología: muriendo el toro

da vida al principio vegetal, pero también la muerte de este animal encierra el origen de toda otra vida: de su esperma, una vez llevado hasta la Luna y purificado en ella, nacían todas las especies animales, de modo parecido a como en el mazdeísmo el origen del hombre se vinculaba a la efusión de esperma. [...]

La abundante presencia de animales en la tauroctonía nos remite al estadio agrícola y pastoral de las gentes protoiránicas, a pesar de la frecuente desnaturalización ideológica y dualística que la religiosidad posterior atribuyó a estos animales, como expresiones del principio del mal, adulterando el sentido originario de otros tantos símbolos de la vida animal favorecida por el sacrificio del toro primigenio.

La personalidad solar de Mitra es, en parte, un desarrollo posterior y, en parte, uno solo de los aspectos de su figura divina, que no implicaba la ausencia total del contenido ctónico y agrario. El ritualismo agrario parece haber culminado en el sacrificio del toro, en el que ya existía la idea de la "muerte como un renacer", que en sí misma implica una escatología y una soteriología, y, por tanto, un principio de misticismo. Esta primitiva escatología fue orientada hacia el cielo; el toro sacrificado por Mitra revivía en el cielo, y así su destino mortal adquiría un valor prototípico e ideal para quienes participaban en el sacrificio cruento.

También en el zoroastrismo se conservó la tradición del alma del toro, que después de la muerte sube por las regiones celestes hasta la esfera solar y obtiene de Ahura-Mazda la promesa de enviar al mundo un profeta (Zaratustra). Ahura Mazda u Ormuz es el nombre en idioma avéstico para una divinidad exaltada por Zoroastro como el Creador no creado, es decir, la deidad suprema del zoroastrismo, el dios iranio de la bóveda celeste como totalidad. "Lo esencial de las nuevas tendencias durante el esplendor político aqueménide, fue la concepción monárquica del cielo, paralela a la unificación de toda el Asia bajo los aqueménides; así como la tierra era patrimonio del "Gran Rey", así el cielo fue concebido como dominio del "Gran Dios. Este gran dios se llamó Ahura-Mazda. De este modo nació el monoteísmo persa" (Álvarez de Miranda, 1961: 169).

En los *gatha* avésticos, aparece *Geus urvan* ('el alma del toro') y *Geus tasan* ('el formador del toro') como seres divinos masculinos que, preocupados por la suerte de la especie bovina, expuesta a la vejación de los infieles, acaban por aplacarse ante la promesa de Ahura-Mazda de suprimir en el mundo por medio de la predicación zoroástrica todo sacrificio cruento.

Pero en la religión persa primitiva, que es la que suministró el subsuelo de creencias mitraísticas, el sacrificio del toro asumía el valor real y inmediato de nutrir toda vida, y el valor simbólico y mítico de servir de esperanza de vida suprema a "las almas que por la muerte del toro eran llamadas a la vida".

Y en cuanto a Mitra mismo quedó investido, por efecto del benéfico sacrificio del toro y como autor de aquella muerte vivificadora de una función soteriológica, y vino a desempeñar el papel, que, en el otro sistema religioso y reformado, el zoroastrismo, correspondería a Zoroastro, esto es, el de salvador de la humanidad. El misterio mitríaco hizo de Mitra el dios situado "entre el cielo y la tierra", un verdadero "mediador" entre la humanidad y la divinidad suprema, intercesor y socorredor de los hombres, no solo en vida, sino también y sobre todo en el viaje de después de la muerte.

Como elemento singular y diverso de los otros misterios el mitraísmo careció de los siguientes rasgos: no tuvo como paradigma para el hombre la muerte y resurrección del dios, pues Mitra ni muere ni renace; ni existía tampoco en el mitraísmo una identificación entre el iniciando y el dios, sino que Mitra conservaba siempre su posición trascendente frente al hombre, ayudándole e intercediendo por él, ciertamente, pero sin proporcionarle una asimilación divina, que a tanto el mitraísmo no llegó.» [Álvarez de Miranda, 1961: 189 ss.]

En el siglo II, comerciantes y orientales y militares introdujeron en Hispania la adoración a Mitra. Hay documentos de la veneración de Mitra en la Lusitania, la Bética y la Tarraconense, núcleos urbanos y colonias romanas importantes. A partir del siglo III no existen testimonios del mitraísmo, que tuvo escaso arraigo en la Península.

LAS RELIGIONES MISTÉRICAS Y LA RELIGIOSIDAD HELENÍSTICA

Durante mucho tiempo se han considerados las religiones místicas como meros apéndices de las religiones nacionales. Algunos autores han considerado las religiones místicas como un pórtico o preparación al cristianismo.

«Las religiones místicas son formaciones prolijamente compuestas, mezcla de elementos sumamente arcaicos con otros radicalmente modernos y más vinculados a la intimidad del individuo que a las estructuras nacionales o culturales.

Se ha tendido a englobar a estas religiones dentro del marco nacional que les dio origen. Ese enfoque es insuficiente dado que las religiones místicas florecen precisamente en el momento de decadencia de la religión nacional. Son su sustituto y las reemplazan definitivamente.

Históricamente, las religiones místicas ocupan en el desarrollo cronológico del mundo antiguo un lugar posterior a las nacionales y anterior a las universales.

Las religiones nacionales son, pues, no solo el área que dio lugar a las primeras formaciones místicas, sino la etapa que, una vez vacía de su propio contenido religioso, antecede históricamente al triunfo de la

religiosidad mística en el mundo antiguo.» [Álvarez de Miranda, 1961: 18 ss.]

En el mundo griego y especialmente en el momento helenístico se produjo, lo mismo que en el mundo romano, una abundante penetración de religiones místicas. En Roma no se forjó ninguna religión mística, su actividad en este sentido fue exclusivamente receptiva.

Grecia recibió diversos misterios oriundos del mundo oriental y fue, además, creadora de religiones místicas que surgieron de su suelo antes e independientemente de toda influencia de Oriente. No existen, por tanto, misterios romanos, pero sí existen misterios griegos.

«Originariamente estos misterios habían constituido la religión de una ciudad, santuario o región, y al cabo del tiempo se convirtieron en sectas más o menos cerradas. Representan la religiosidad mucho más antigua que la de Zeus, y hunden su raíz en el estrato preindoeuropeo.

En el curso del segundo milenio el culto indoeuropeo, presidido por la figura resplandeciente de Zeus penetró en la península helénica y se convirtió en la religión oficial y estatal del pueblo griego.

Pero los invasores no atentaron contra la religión de las poblaciones invadidas: el hombre antiguo respetaba lo divino en todas sus manifestaciones; sin duda hubo muchas contraposiciones entre la religiosidad indoeuropea y la prehelénica, pero su contacto no fue de pugnacidad, sino más bien de sincretismo.

La religión de los invasores era una religión de la luz, del cielo, del principio masculino, de lo alto, y contrastaba con la religión indígena, ligada a la tierra, a lo femenino, a lo sombrío. El dios del cielo se hubo de enfrentar con la Tierra Madre. Se sobrepuso la religión indoeuropea, y fue la religión pública y oficial.

Pero no todos los elementos religiosos indígenas desaparecieron, de entre los persistentes algunos fueron incorporados, mejor o peor, a la religión oficial, pero otros, perdurando aisladamente habría de dar lugar a algunas religiones de misterio. [...]

De la antigua religiosidad perduró aquella que estaba más intensa y misteriosamente dotada de sacralidad, de contenido numinoso emocionante o terrorífico, pero en todo caso más próximo a las necesidades íntimas que la formularia y política "religión" oficial.

Perduró lo que estaba dotado de violencia demoníaca fascinante, el inexorable rigor de la naturaleza sentido religiosamente, las fuerzas ocultas de la vida y la muerte. De este fondo religioso se nutrirán las religiones místicas.

En la religión oficial "se estaba", pero a la religión mística había que llegar a fuerza de ascetismo y de fe, sometándose a normas y cumpliendo condiciones.

Ser miembro de la religión oficial no era ni más ni menos que ser ciudadano, pero pertenecer a una religión misteriosa era cosa no solo distinta de la ciudadanía, sino ajena a ella; era una categoría estrictamente religiosa: el *mystes* era un "alma" que en la serie de los misterios se educaba y se instruía, pero, sobre todo, que alcanzaba la salud a través de ceremonias secretas y de una "técnica" inexorable para el cuerpo y para el espíritu.» [Álvarez de Miranda, 1961: 50 ss.]

Toda una serie de divinidades tracias refuerzan el ambiente tracio y la impresión de religiosidad arcaica, no griega, de fondo naturalístico y sexual con intensos matices agrarios y ctónicos.

En el clima religioso griego se inició un movimiento espiritual que fue capaz de hacer surgir, de los antiguos y primitivos cultos naturalísticos y locales, religiones misteriosas tendentes a la espiritualidad.

Los orígenes oscuros y humildes de los misterios ligados a la tierra y presididos por los modestos númenes de poblaciones rurales son una base común a todos ellos; todos hunden sus raíces en la prehistoria y, tras una larga evolución, irrumpen en el mundo antiguo a fines del último milenio.

Conservan de su pasado elementos naturalistas cuya sublimación simbólica nunca es perfecta: su índole ctónico-agraria y sus ritos de rejuvenecimiento biocósmico.

Como religión de carácter individualista y eminentemente afectiva, no constituyeron nunca un cuerpo de doctrina y no se enderezaban hacia la esfera del dogma, sino que fueron desde un principio una religiosidad del sentimiento que correspondía al clima existencial del mundo antiguo y a la nerviosa inseguridad que asaltó al hombre helenístico al disolverse la antigua y cómoda religión nacional.

El iniciado no tenía nada que aprender, sino que sufrir.

«La "huida del uno al Uno" que el neoplatonismo alejandrino convertirá en disquisición y que estaba ya contenida germinalmente en el propio platonismo, había sido una vehemente experiencia sacral antes de constituirse en un tema filosófico.

Fue en los misterios donde esa peculiar "fuga" del alma se hizo realidad; pero esta apetencia de huida por parte del uno, esto es, del individuo, tan solo fue posible en el momento en que este cobró conciencia de su radical soledad, esto es, cuando dejó de percibirse a sí mismo como un ser sostenido plenariamente por la vieja comunidad sacral.

No es, pues, un azar la sustitución de la religiosidad nacional por la misteriosa. La disolución de la comunidad sacral infundió en el individuo un sentimiento de angustia y soledad, un aliciente para la búsqueda de otra salvación más plenaria y satisfactoria y, sobre todo, una esperanza nueva.

El iniciando huye: esta huida es la expresión de una angustia existencial, de una preocupación por el futuro y del consiguiente repudio del pasado. Pesimismo.» [Álvarez de Miranda, 1961: 231 ss.]

Sobre las ruinas de las religiones nacionales y sobre el estrato de las religiones místicas se imponen definitivamente las religiones universales: el Budaísmo, el Cristianismo y el Islamismo.

Las tres tienen su origen en la persona de un fundador, las tres se orientan a la salvación de toda la humanidad, las tres ejercen el proselitismo más allá de los límites de la nación y de la cultura.

Habría que añadir también el Zoroastrismo que, hoy solo cuenta con una minoría de secuaces, pero pertenece a la misma categoría religiosa que las tres religiones universales: tiene un fundador, se considera supranacional y tiende también al proselitismo.

Las religiones místicas son más bien prenacionales, más que verdaderamente universales. Aunque históricamente alcanzaran su máxima difusión en la época helenística, no dejar de contener una larguísima historia que comienza más atrás que la historia de las religiones nacionales, hundiendo sus raíces en el mundo de la prehistoria y de las religiones primitivas.

Fueron el fenómeno religioso más potente y original del Helenismo y constituyen el paso de una religiosidad elemental y agraria a una evolucionada religiosidad de la intimidad.

LA DESAPARICIÓN DE LOS MISTERIOS DE MITRA

«El desarrollo religioso iniciado por el Edicto de Milán (a menudo incorrectamente llamado el Edicto de Tolerancia) promulgado por los emperadores romanos Constantino y Licinio en el año 313, en el que se establecía la libertad religiosa en el Imperio Romano, marca el giro constantiniano. El cristianismo comenzó a ganar influencia en el Imperio Romano hasta convertirse en la religión del Imperio en el año 393 bajo Teodosio I. Otras religiones (con la excepción del judaísmo) ya no eran oficialmente toleradas. Fue el interés político el que movió a los emperadores a alcanzar un compromiso con una religión que unía a todos los súbditos del Imperio como expresión de la unidad. Pero la religión a la que ahora había que profesar era, según su estructura, una religión universal de carácter profético, mientras que la estructura de los Misterios de Mitra puede describirse más como una religión mística universal.

El interés político se combinó con la reivindicación religiosa de un cristianismo estrictamente exclusivo que combaría todas las otras religiones, a las que incluso les negaba el calificativo de religión. Esta política religiosa no ofrecía ninguna posibilidad de compromiso ya que el cristianismo requería la conversión a la nueva fe, es decir, el abandono total de la antigua creencia religiosa. Hasta entonces, la pertenencia a una religión podía coexistir con la pertenencia a una o incluso a varias otras.

En la lucha contra el paganismo, los autores cristianos comenzaron a combatir los misterios de Mitra relativamente temprano y, en algunos casos, con gran vehemencia: Justino a mediados del siglo II, Tertuliano en la transición del siglo II al siglo III y Orígenes en la primera mitad del siglo III. Buena parte de la información sobre los misterios de Mitra se la debemos precisamente a las críticas de los autores cristianos. Los cristianos vieron en esta religión, cuyos eran sorprendentemente similares a los suyos, una imitación demoníaca de ciertas partes de sus prácticas de culto: el banquete con pan y agua entre el Sol y Mitra, el banquete para la iniciación de los *mystes*, un rito bautismal y la cueva de los misterios de Mitra como lugar de iniciación. Trasladar la fiesta de Cristo al 25 de diciembre, día en el que también se celebraba el nacimiento de Mitra, podría representar una adaptación del cristianismo a las celebraciones del solsticio de invierno. La idea de la *milicia Mithrae* podría haber servido de modelo para la *milicia Christi* del cristianismo.

En la fase en la que los cristianos aparecen como competidores de los seguidores de Mitra en el servicio militar, los padres de la iglesia del siglo IV ya niegan a los misterios de Mitra el carácter de religión. La decadencia de los misterios de Mitras no fue provocada por causas internas, por lo que es mejor hablar de una extinción que fue el resultado de una competencia impuesta que se libró por medios desiguales: la supresión estatal del politeísmo. El vínculo exclusivo con los hombres en los misterios de Mitra se opone a la pretensión cristiana de comprender al ser humano en su totalidad. El reducido número de miembros de los misterios de Mitra contrasta con el movimiento de masas que representaba el cristianismo. El cristianismo también tiene una estructura jerárquica como la que existía en el mitraísmo, pero la extiende más allá de las comunidades individuales a una iglesia que puede ser dirigida centralmente. No se puede hablar de una misión mitraica. Y precisamente aquí radica la fuerza del cristianismo, que logró afianzarse entre los grupos de población indígena. Parafraseando la cita de Burckhardt, se puede decir: "Sin las leyes imperiales desde Constantino hasta Teodosio, la religión romano-griega (y las religiones orientales quizás no necesariamente) todavía estaría viva hoy, (por lo menos habría sobrevivido mucho más tiempo).» [Parusel, Peter: "La caída de los misterios de Mitra", en: Zinzer, Hartmut (Ed.): *El declive de las religiones*. Berlín: Reiner, 1986, p. 108-110]

SOBRE EL FINAL DE LA RELIGIO ROMANA

«La idea de renovar Roma trasladándola la capital a otro lugar fue llevada a cabo por Constantino. En efecto, con Constantino se inició un proceso de diferenciación que debía y sería "alienante" en lugar de "renovador". Es el proceso que puso fin a la religión romana. Para que Roma se hiciera cristiana, era necesario trasladar la Roma italiana al Bósforo, con el nombre de Constantinopla. La Roma cristiana que quería Constantino, para ser realmente una Roma "diferente" y no una "nueva", tenía que

nacer en un lugar diferente, a saber, en el Bósforo, en contraste con una Roma de tradición pagana profundamente arraigada.

No es exacto decir que el politeísmo romano muere a manos del cristianismo, como tampoco que el cristianismo surge con la muerte del politeísmo. Lo que representa el monopolio constantiniano es una *forma mentis*, una mentalidad que permitió eventos como el fin del paganismo, el surgimiento del cristianismo y la duplicación de Roma a través de la fundación de la *Nova Roma* (Constantinopla, 330 d. C.). Esa mentalidad los permitió, pero no necesariamente los fomentó. La aparición del cristianismo puede verse como una solución a la larga crisis del politeísmo y, por tanto, sería el efecto y no la causa del fin de la religión romana.

En cuanto a la duplicación de Roma, puede incluso dissociarse de la revolución religiosa y verse únicamente desde un punto de vista administrativo. Básicamente, para conectar los tres hechos entre sí, hay que reconocer la mentalidad que los permitió (no alentó). Centrémonos en el fin de la religión romana en relación con el surgimiento del cristianismo. En retrospectiva, también se puede decir que la religión romana murió por decreto. Jakob Burckhardt lo expresó de esta manera: "Sin las leyes imperiales desde Constantino hasta Teodosio, la religión romano-griega todavía estaría viva hoy". Otros repitieron la misma idea (M. Le Glay). El problema, sin embargo, es: ¿qué condiciones históricas hubo que primero dieron a las autoridades civiles el poder de decretar el fin de una religión y luego permitieron que tales decretos se llevaran a cabo? Sería interesante comparar los edictos imperiales que decretaron el fin del paganismo con la resolución del Senado del 186 a. C., que decretó el fin de las Bacanales. Pero aún más interesante sería una investigación sobre la mentalidad que gradualmente ha categorizado lo que hoy, después de la categorización, llamamos "religión romana". Antes no era ni una "religión" (*religio*), y menos una "creencia", sino que se convirtió en una y otra en comparación con el cristianismo, que se consideraba a sí mismo como religión y creencia. Y tampoco era politeísmo, pero se hizo posible llamarlo así en contraste con el credo cristiano monoteísta. Y tampoco era "paganismo" (en realidad: la religión de los "ciudadanos" no guerreros), sino que se vio como tal en contraste con la religión militante de los *milites Christi*. Con esto quiero decir que la religión romana murió cuando se convirtió en una "religión" "politeísta" y "pagana".» [Sabbatucci, Dario; "Ripensamento a ritroso della sostanza della religione di Roma", en: Zinzer, Hartmut (ed.): *El declive de las religiones*. Berlín: Reiner, 1986, p. 98-100]
